

HACIENDO HISTORIA REGIONAL EN LA ARGENTINA

DOI: 10.5935/2177-6644.20180002

MAKING REGIONAL HISTORY IN
ARGENTINA

FAZENDO HISTÓRIA REGIONAL
NA ARGENTINA

Susana Bandieri *

Resumen: La historia regional puede volverse un campo fértil y operativo, sobre todo si se evita su delimitación anticipada y se atiende a la construcción de relaciones sociales que, en última instancia, permitirán su definición como ámbito regional, avanzando así en niveles explicativos del comportamiento de la sociedad en un espacio más reducido, aunque no excesivamente "micro" ni exclusivamente local. Tales relaciones responden siempre a realidades macro sociales más amplias, las enriquecen y aún pueden llegar a corregir las interpretaciones generalizantes de las historias nacionales. El historiador debe entonces prestar especial atención a los cambios temporales de la espacialidad y a su variación social, porque sus "regiones" cambiarán de acuerdo a la época y a las finalidades de su estudio. Se desarrollan en este trabajo los aportes conceptuales más válidos en ese sentido, así como su aplicación empírica en diferentes trabajos de investigación histórica realizados en la Argentina.

Palabras clave: Historia regional. Argentina.

Abstract: Regional history can become a fertile and operational field, especially if its anticipated delimitation is avoided and attention is paid to the construction of social relations that, in the final analysis, will allow its definition as a regional sphere, thus advancing in explanatory levels of the behavior of the society in a smaller space, although not excessively "micro" or exclusively local. Such relationships always respond to broader macro-social realities, enrich them and can even correct the generalizing interpretations of national histories. The historian must then pay special attention to the temporal changes of spatiality and its social variation, because its "regions" will change according to the time and the purposes of its study. In this work, the most valid conceptual contributions in this sense are developed, as well as their empirical application in different historical research works carried out in Argentina.

Keywords: History regional. Argentina.

Resumo: A história regional pode se tornar um campo fértil e operacional, especialmente se a delimitação antecipada é evitada e a atenção é dada à construção de relações sociais que, em última análise, permitirão sua definição como esfera regional, avançando assim em níveis explicativos do comportamento da sociedade em um espaço menor, embora não excessivamente "micro" ou exclusivamente local. Tais relações sempre respondem a realidades macro-sociais mais amplas, enriquecem-as e podem até corrigir as interpretações generalizadoras das histórias nacionais. O historiador deve então prestar especial atenção às mudanças temporais da espacialidade e sua variação social, porque suas "regiões" mudarão de acordo com o tempo e os propósitos de seu estudo. Neste trabalho, são desenvolvidas as contribuições conceituais mais válidas neste sentido, bem como sua aplicação empírica em diferentes trabalhos de pesquisa histórica realizados na Argentina.

Palavras-chave: História regional. Argentina.

* Dra. en Historia, Profesora Consulta de la Universidad Nacional del Comahue (UNCo), Neuquén, Argentina. Investigadora del CONICET en el IPEHCS – Instituto Patagónico de Estudios de Humanidades y Ciencias Sociales – (CONICET/UNCo.) E-mail: susana.bandieri@gmail.com. Este artículo se corresponde con la participación de la autora en la Mesa Redonda "História y regiões, balanço historiográfico – Brasil e Argentina", II Congresso Internacional de História UEPG-UNICENTRO, Universidad Estadual de Ponta Grossa, Brasil, 14 de mayo de 2015. Tuvo una primera versión publicada en Bandieri (2017).

[...] viciados desde el inicio, los posibles estudios regionales se transforman en historias lugareñas, una suerte de microsituación autónoma donde apenas resulta visible la relación con otra microsituación semejante. Una revisión necesaria de la falla tradicional tendrá que despojar a la región de su pretendida consistencia propia, con lo cual, en vez de aislarla, la referiremos de manera constante a las relaciones y efectos que determinan la conformación y movimientos de cada región.

Carlos Sempat Assadourian, 1982, p.136-137.

¿De qué hablamos cuando hablamos de historia regional?

Un primer elemento a tener en cuenta es que la noción de Historia Regional remite necesariamente a dos áreas de conocimiento: la Historia y la Geografía, es decir que contiene en sí misma las dos coordenadas -tiempo y espacio- que la caracterizan. Ambas disciplinas han pasado sucesivamente por enfoques teóricos equivalentes desde el positivismo del siglo XIX en adelante, que han variado la concepción de *región* desde posiciones tan encontradas como diferentes (CARBONARI, 2009). Así, se ha transitado desde el determinismo geográfico decimonónico, para el cual el medio condicionaba a la sociedad y la región era un espacio previamente delimitado, sólo reconocible por los elementos físicos y naturales que la distinguían, hasta la interpretación más encontrada con tal postura que la considera un espacio abierto, al cual sólo es posible acceder comprensivamente a través del estudio de las relaciones que establecen los sujetos sociales en la dinámica del proceso histórico (DE JONG, 2001). En la medida en que el espacio pasó a ser entendido por la geografía crítica como una “construcción social” (SANTOS, 1986), la región dejó de ser –y por ende debería serlo para quienes hacen historia regional- un ámbito acotado, previamente definido por el historiador, para convertirse en una derivación de su propio objeto de estudio (BANDIERI, 2001a). En el medio de perspectivas tan extremas, y más recientemente aún, surgieron otras posiciones neopositivistas para las cuales la delimitación previa de la región sigue siendo el único recurso posible.

Para entender este tránsito conceptual de avances y retrocesos, es necesario recordar que, en la segunda mitad del siglo XX, asistimos a una fuerte crisis disciplinar, parte a su vez de una crisis más generalizada de las ciencias sociales y humanas, que afectó tanto a la teoría, como a la práctica y a la función social de la historia.¹ El fuerte rechazo del paradigma estructuralista luego de la segunda posguerra, derivó en una importante fragmentación de los temas, los objetos de estudio, las escuelas historiográficas y los métodos. Sucesivos “retornos al sujeto” llevaron, en sus posiciones más extremas, a equiparar a la historia con la narración y a negar su poder cognitivo y su condición de ciencia, en tanto entraba en esa misma crisis la idea de progreso que estaba inmersa en la relación pasado-presente-futuro. Tanto en el fracaso de la modernidad que planteaba el postmodernismo, como en el fin de la historia que anunciaba Fukuyama, donde la modernidad había llegado a su máxima expresión, se negaban los preceptos teleológicos y el avance de la historia hacia una meta fijada, derivando en una importante disgregación de la disciplina (BARROS, 1999).

La pretensión de construir una “historia totalizante” parecía haber llegado a su fin y la separación cada vez más marcada entre historia económica, social y política, alejó a los historiadores de la visión global del pasado. La primera sufrió especialmente los embates de la nueva situación, por cuanto, como parte de la propia crítica al determinismo economicista, se cayó en otra suerte de determinismo que eliminaba la necesidad de conocer la base económica de la sociedad. Esta profunda crisis de paradigmas y la propia dinámica de la ciencia histórica derivaron en nuevos consensos, más impuestos por la práctica que discutidos y explicitados, donde la historia tradicional no tenía cabida, pero tampoco la tenía la fragmentación postmoderna. Quizá el ejemplo más característico de esta evolución sea el de la *microhistoria*. Nacida como reacción frente al modelo totalizante de la historia serial de los *Annales*, derivó no pocas veces en estudios excesivamente “micro”, lo cual llevó a sus partidarios más reconocidos a la necesidad de insistir en la importancia de no perder de vista el contexto y a rescatar la heterogeneidad de los procesos, optando incluso por la más conveniente denominación de *microanálisis*.²

¹ La autora ha desarrollado estos temas en varias oportunidades. Para este punto, véase en particular Bandieri (2006).

² Ver al respecto el Dossier *La microhistoria en la encrucijada*, incluido en revista *Prohistoria. Debates y combates por la historia que viene*, Año III, n° 3, Rosario, primavera de 1999.

Disminuir la escala de observación parecía ser una estrategia metodológica adecuada para superar la crisis del paradigma estructural totalizante. La versión microanalítica adquiriría fuerza en la medida en que se reconocía que los espacios más reducidos podían ser objetos de estudio válidos “[...] no el conjunto de una sociedad, sino solamente un segmento – una provincia, una ciudad, incluso un Pueblo –” (STONE, 1980), a la vez que se sostenía la necesidad de un nuevo retorno al papel de los individuos y a las situaciones particulares que dieran cuenta de la singularidad de los procesos (GRENDI, 1995). Pero la reducción de la escala de observación como recurso metodológico no implicó una renovación de la relación espacio-tiempo, ni tampoco hizo necesariamente hincapié en el estudio de la base material de la sociedad, al menos en la expresión de sus fundadores europeos, particularmente los italianos, por aquello de evitar toda connotación con la estructura. La historia y la geografía separaron nuevamente sus derroteros en aras de la especificidad disciplinar y la historia regional perdió su rumbo, transformándose, no pocas veces, en “historia de provincias”. El espacio, entendido como una construcción de la sociedad en el proceso histórico, así como una variable de análisis que supere los límites jurisdiccionales político-administrativos de un objeto de estudio, también perdió entidad historiográfica en la Argentina, con algunas pocas excepciones recogidas en valiosas compilaciones (FERNÁNDEZ Y DALLA CORTE, 2001; FERNÁNDEZ, 2007).

En este marco, y conscientes de los graves efectos de la fragmentación neoliberal, los organizadores del *19th International Congress of Historical Sciences* proclamaban en Oslo en el año 2000 un primer gran tema consagrado a la *historia global*, discutiéndose nuevamente la definición posible de una historia pensada a escala del mundo.³ No se trataba de construir una historia total, sino de pensar en esa escala para entender la indisoluble unión entre lo global y lo local.

Poco tiempo después, el primer número de la prestigiosa revista *Annales* del año 2001 se dedicaba especialmente al mismo tema, renovando una perspectiva que fuera parte de su tradición historiográfica. La propuesta no era pensar con un “cierto nivel de generalidad”, sino superar los límites de una identidad política particular para ver las *conexiones* y las *circulaciones*, apuntando a la construcción de una nueva historia global sobre bases no ideológicas, que lograrse reconstruir las herencias múltiples que conforman

³ Proceedings/Actes “Perspectives on Global History: Concepts and Methodology”, *19th International Congress of Historical Sciences*, Oslo, 2000, p. 3-52.

el pasado y definen la identidad de una región y su construcción histórica. Rescatando las bases analíticas de la *historia comparada* de Marc Bloch y el concepto de *región* de Braudel, Maurice Aymard y Roger Chartier proponían, frente a la fragmentación y al individualismo erigidos en métodos contra cualquier forma de “holismo”, la necesidad indispensable de tener en cuenta las escalas de análisis espaciales y temporales infinitamente más largas, para ver los problemas y comprender las culturas, lo que solo resulta posible en ese nivel (AYMARD, 2001, p. 44). Los “Estados modernos” sólo lo son por el momento en que nacieron, dicen los autores, no por su superioridad intrínseca sobre las construcciones culturales anteriores sobre las que de hecho se impuso una “identidad nacional”; no se trata de reproducir a Braudel, sino de armar nuevas hipótesis para otros tiempos y otros lugares, construyendo historias comparadas que contribuyan a la “deseuropeización” del mundo y al “reconocimiento del otro”. En síntesis, identificar diferentes espacios o regiones que muestren una unidad histórica en sus relaciones y cambios, independientemente de la soberanía estatal que corresponda.⁴ La cuestión no pasaba entonces por disminuir solamente la escala de observación sino por la variación del foco con que se analizaban los problemas.

Los historiadores franceses reclamaban entonces, a comienzos del siglo XXI, construir una nueva historia donde el medio geográfico fundase su unidad sobre la diversidad y la complementariedad, más que sobre su homogeneidad climática y física; donde la economía se basase en el cambio y en la circulación de los bienes y de las personas y sobre la articulación del comercio interno y externo; donde la situación cultural estuviese marcada a la vez por la referencia a una unidad pasada y por la coexistencia, pacífica y conflictiva, de civilizaciones concurrentes; donde una posición geográfica, explotada y valorizada en un proceso histórico de larga duración, permitiese ver los contactos entre los países y los continentes, superando los límites y recuperando la noción de frontera como un espacio social de interacción (AYMARD, 2001, p. 47).

Estas nuevas posiciones, sin duda volvieron a posicionar a la construcción histórica regional, tan cara a la tradición historiográfica de varios países de América Latina, como una alternativa posible para superar las visiones fuertemente centralizantes de las “historias nacionales” todavía vigentes, donde las fronteras estatales, ya sea las de las provincias como las de la nación, actúan muchas veces como límites para la

⁴ “Lo que importa es la elección de un marco de estudio donde sean visibles las conexiones históricas en relación con la población, las culturas, las economías y los poderes, donde se vuelvan visibles la circulación de hombres y productos y el mestizaje de los imaginarios” (CHARTIER, 2001, p.121, traducción de la autora).

construcción de un pasado extremadamente más rico y complejo. Como bien dijo en alguna oportunidad el hispanoamericanista sueco Magnus Mörner “En países tan heterogéneos en muchos aspectos como aquellos de América Latina, las regiones permanecieron más aisladas y el regionalismo es más importante que en otras partes del mundo. La dimensión regional ayuda a salvar la diferencia entre un nivel nacional más o menos artificial (al menos para ciertos períodos) y el nivel de la comunidad local” (MÖRNER, 1985, p.135).

Hacia la construcción de una historia nacional más complejizada

Como venimos diciendo, la crisis y revisión de los paradigmas científicos que impregnaron la construcción historiográfica de los últimos años derivaron hacia comienzos de la década de 1990, en el caso argentino, en la necesidad de replantear la construcción de un pasado excesivamente dotado de mitos. Uno de ellos, el pensar una historia donde los “Estados nacionales”, los “mercados nacionales” y las “sociedades nacionales” eran procesos plenamente constituidos hacia los años 1880 con determinadas características consolidadas. En consecuencia, una “historia nacional” unificada, construida básicamente desde los espacios dominantes, tendía también a generalizar sus conclusiones con una carga explicativa que avanzaba en el mismo sentido en que lo había hecho el Estado central en su propio proceso de consolidación, es decir, desde la ciudad-puerto de Buenos Aires hacia el interior del país.

Es en este nuevo panorama que los estudios históricos regionales alcanzan una dimensión significativa, habida cuenta de que las investigaciones mas acotadas sirven especialmente para la complejización de los problemas. Los últimos avances son, en este sentido, muy importantes, abarcando diversos esfuerzos por reconstruir los procesos históricos de las diversas regiones del interior del país, proceso este último que consideramos íntimamente ligado al fortalecimiento de algunas centros académicos de claro contenido regional, como es el caso de la Universidad Nacional del Comahue en la nos desempeñamos. Ejemplificando con nuestro propio espacio de estudio se sostenía, por ejemplo, que la Patagonia había sido inicialmente ocupada por el blanco desde el Atlántico e incorporada definitivamente a la nación en la segunda mitad del siglo XIX como forma de completar la soberanía territorial amenazada por la sociedad indígena y de ampliar las fronteras productivas del país en aras de la expansión capitalista. Sin ser

éstos, necesariamente, preceptos absolutamente falsos, daban lugar a interpretaciones que desconocían otras realidades como las de las áreas andinas patagónicas, donde los límites internacionales no funcionaron necesariamente como tales para las comunidades involucradas, visualizándose la presencia de ámbitos fronterizos que se convirtieron en verdaderos espacios sociales de gran dinamismo y larga duración. Esa realidad, evidenciada desde la investigación regional, como luego se verá, obligaba necesariamente a revisar una historia nacional construida “de espaldas” a la cordillera de los Andes. Esta y otras cuestiones son hoy reexaminadas a la luz de nuevas propuestas de investigación que tienden a complejizar muchos presupuestos generalizantes.

No quiere decirse con esto que no haya habido anteriormente en la Argentina producción historiográfica que de común se identificaba con la “historia regional”, pero, en general, se entendían por ello los tratamientos circunscriptos a las “historias provinciales”, de carácter casi siempre político-institucional, sin que se manifestara necesariamente un particular interés por definir otros espacios de análisis históricos más amplios y comprensivos. El auge de la historia nacional, por otra parte, con características muy centralizadas y ceñidas a los límites territoriales del Estado-Nación, impidió a estos trabajos, salvo honrosas excepciones, un reconocimiento superador del alcanzado en los ámbitos de influencia de la propia provincia.

Sí cabe mencionar, sin embargo, como parte de una tendencia general, que lo que hasta allí se denominaba “región” no escapaba fácilmente de los límites políticos provinciales o, a lo sumo, intentaba reflejar macro-regiones geográficas entendidas como tales a partir de denominaciones de uso común. Esta definición apriorística del objeto de estudio, reflejaba no otra cosa que la enorme influencia de la geografía positivista y su concepto de región como objeto de estudio en sí mismo, al que ya aludiéramos, no comprendiendo necesariamente procesos históricos asimilables. De esa manera, la historia de la región no era otra cosa que la sumatoria de las historias de las provincias supuestamente involucradas en ella. En otros casos, la región se asimilaba a unidades territoriales artificialmente concebidas, como parte de la “regionalización” a que dieran lugar en América Latina el auge de las políticas territoriales y de planificación en las décadas de 1960 y 70, como es el caso del NOA – Noroeste Argentino –, NEA – Nordeste Argentino –, o el propio Comahue, por ejemplo.⁵

⁵ Denominación esta última que resulta de la deformación de un término indígena, cuyos alcances geográficos en general se extienden hoy exclusivamente a la norpatagonia argentina.

Conscientes de las limitaciones de estas “historias provinciales” para alcanzar niveles explicativos adecuados, algunos historiadores comenzamos entonces a preguntarnos sobre la manera de construir una historia en términos más comprensivos y matizados, que pudiera poner en suspenso algunas de las verdades recurrentes y no contrastadas de la historia nacional (BANDIERI, 1996, p.71). De esta forma, se buscaba la manera de aportar a una historia de características marcadamente centralistas, inscribiendo el objeto de estudio en contextos lo suficientemente amplios como para permitirle conservar su especificidad y dinámica interna, volviéndolo a la vez operativamente comparable con el conjunto nacional e internacional vigente. Siempre con la preocupación por reformular los análisis sociohistóricos en términos de procesos pero sin perder de vista el contexto sin el cual las visiones restringidas pierden significado, los historiadores regionalistas nos preguntábamos: ¿cómo rescatar la riqueza de la diversidad sin perder de vista la totalidad?

Sobre la misma época, la traducción y publicación del artículo de Eric Van Young (1987, p. 255) en la Argentina, parte de cuyo sugerente título hemos utilizado en este artículo, inició una fructífera discusión acerca de los alcances teórico-metodológicos de la construcción histórica regional, puesta claramente de manifiesto en los simposios que sobre ese tema comenzaron a incluirse en las sucesivas Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia realizadas a partir del año 1988. La novedad más importante que parecía aportar Van Young, era la de considerar a la región como la “especialización de las relaciones económicas”, en razón de lo cual debía otorgarse especial atención a las relaciones de mercado vigentes en cada momento histórico. Esta interpretación tuvo amplia difusión, siendo particularmente aceptada y reconocida por quienes desde la Argentina intentaban aproximarse a enfoques regionales más novedosos, sirviendo de aquí en más como disparador para una serie de reflexiones. Sin embargo, la preocupación por los límites regionales seguía todavía muy presente. Decía el mismo Van Young, que una definición funcional muy simple del concepto de región, “[...] sería la de un espacio geográfico con una frontera que lo delimita, la cual estaría determinada por el alcance efectivo de algún sistema cuyas partes interactúan mas entre sí que con los sistemas externos”. Ocurre que, cuando de hacer historia regional se trata, el primer problema a resolver parecía ser el referido a la delimitación previa del espacio a estudiar, y es allí justamente donde la operatividad del concepto corre el riesgo de volverse nula.

Ya Carlos Sempat Assadourian, en lo que consideramos la más ajustada aproximación desde la historia al concepto de región, planteaba sobre comienzos de la década de 1980, en la obra citada al comienzo de este artículo (ASSADOURIAN, 1982), la necesidad de recuperar la noción de “espacio socioeconómico” frente a las limitaciones que ofrecían para el análisis empírico los recortes territoriales, basados tanto en los espacios nacionales como en los locales, unos por demasiado homogeneizadores y otros por excesivamente pequeños. Los espacios económicos debían reconstruirse en la investigación histórica atendiendo a un sistema de relaciones internas y externas que se modificarían en cada período, uno de cuyos elementos sobresalientes era la circulación de mercancías, pero también lo eran el estudio de las relaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Cuando la mayoría de los trabajos sobre historia colonial se referían a espacios limitados territorialmente, con economías de enclave orientadas “hacia afuera” por la importancia de las grandes ciudades-puertos, Assadourian descubría un vasto espacio socioeconómico al que denominaría “espacio peruano” integrado por diversos territorios – incluyendo porciones importantes de los actuales Estados nacionales de Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina y Paraguay –, dentro del cual se conformaban intensas relaciones vinculadas al desarrollo de un importante mercado interno. Desde una perspectiva distinta y novedosa, el espacio colonial era visto en un proceso histórico de integración y desintegración regional donde las formas socioeconómicas sorprendían por su larga duración y donde los factores historiográficamente analizados hasta allí como “externos”, se transformaban comprensivamente en elementos “internos” a la región misma. De esa manera se reconocía cierta “especialización regional” con permanencias de larga duración, pero también se destacaban dinanismos propios que permitían visualizar, en el análisis más “micro”, los cambios en las orientaciones y contenidos de las relaciones intra e interregionales. Así, Assadourian resolvía perfectamente la posibilidad del análisis regional rescatando la singularidad de su objeto de estudio, sin perder de vista la totalidad del proceso histórico en el período estudiado. Lograba, en otras palabras, establecer el difícil pero necesario equilibrio entre lo “micro” y lo “macro” a la hora de abordar un determinado objeto de estudio (BANDIERI, 2013).

Lo mismo intentamos quienes, en el afán de comprender el funcionamiento histórico de un espacio como el propio en un período posterior, entendíamos que la Patagonia no podía ser entendida como una región en sí misma sino como un conjunto

de marcos espaciales que cambiaban con el tiempo en directa relación con el objeto de nuestras investigaciones.⁶ Si se pretendía estudiar, por ejemplo, el comercio ganadero, los circuitos mercantiles y el rol que en ello jugaron los sectores vinculados a la comercialización en las áreas andinas patagónicas hasta avanzado el siglo XX, no podía dejar de estudiarse simultáneamente la relación que con ello guardaba la economía del sur chileno. En este sentido, al igual que en todas las áreas limítrofes, los estudios fronterizos se volvían particularmente importantes. Una de las maneras más fértiles de enfrentar el límite al conocimiento histórico que supone la superposición del área de estudio con los límites nacionales y/o provinciales es justamente superarlos, asumiendo que las fronteras son también espacios donde las sociedades conviven, convergen y comparten, muchas veces por encima del interés de los respectivos Estados nacionales, en este caso argentino y chileno, que durante muchos años potenciaron la imagen del conflicto por sobre la de la integración.⁷

Es en este esquema comprensivo donde la historia regional puede volverse un campo fértil y operativo, sobre todo si se evita su delimitación anticipada y se atiende a la construcción de relaciones sociales que, en última instancia, permitirán su definición como ámbito regional, avanzando así en niveles explicativos del comportamiento de la sociedad en un espacio más reducido, aunque no excesivamente “micro” ni exclusivamente local. Tales relaciones responden siempre a realidades macro sociales más amplias, las enriquecen y aún pueden llegar a corregir sus interpretaciones generalizantes. El historiador debe entonces prestar especial atención a los cambios temporales de la espacialidad y a su variación social, porque sus “regiones” cambiarán de acuerdo a la época y a las finalidades de su estudio.

De esta manera puede concluirse que la única forma posible de volver operativo el concepto de “región” y, por ende, de hacer “historia regional”, es su construcción a partir de las interacciones sociales que la definen como tal en el espacio y en el tiempo, dejando de lado cualquier delimitación previa que pretenda concebirla como una totalidad

⁶ Como bien dice Pierre Vilar (1976, p.36), el historiador debe prestar especial atención a los cambios temporales de la espacialidad y a su variación social, porque sus “regiones” cambiarán de acuerdo a la época y a las finalidades de su estudio.

⁷ Compartimos la idea de Jean Chesneaux cuando distingue la “frontera-zona” como área de aproximación y contactos económicos, sociales y culturales, en oposición a la “frontera-línea”, forma tradicional de tratar la frontera, o sea, como límite que demarca un territorio y divide poblaciones (J. Chesneaux, “la inserción de la historia en el espacio de la geopolítica”, en J. Chesneaux, *¿Hacemos tabla rasa del pasado?*, México, Siglo XXI, 1972, p.180-191, cit. en Heloísa Reichel e Susana Bandieri, 2011, p. 25).

preexistente con rasgos de homogeneidad preestablecidos. Sólo a partir de una perspectiva conceptual como la planteada, la historia regional puede, como bien dice Pedro Pérez Herrero, ayudar “[...] a resolver las tensiones entre generalización y particularización y a reconciliar la perspectiva microscópica con la macroscópica, facilitando la combinación de los distintos enfoques de las ciencias sociales, separados e incluso enfrentados desde la división que el positivismo hiciera de las mismas” (PÉREZ HERRERO, 1991, p.9).

El camino recorrido por la historia regional en la Argentina

El auge de la economía exportadora en la Argentina de la segunda mitad del siglo XIX, con clara vocación atlántica, derivó en un especial interés historiográfico por develar la "historia nacional" a partir del análisis de la estructura socioeconómica de las regiones especialmente favorecidas por ese desarrollo. Si bien se admitía la persistencia de tendencias centrífugas en las áreas fronterizas del país, se suponía que la integración territorial lograda a partir de la expansión ferroviaria de los años 1880, había finalmente actuado en favor de la conformación definitiva de un mercado nacional y, por ende, eliminado tales tendencias. Ello también en expresa coincidencia con la centralización del poder a que diera lugar el proceso de consolidación del Estado nacional argentino, suponiendo un resultado inmediato de unificación económica del país. Avances más recientes en la investigación histórica regional obligan a revisar tales conceptos, minimizando los alcances del proceso integrador de los '80.

En efecto, en las regiones periféricas a tal modelo de desarrollo, como es el caso de las áreas andinas del país, la supervivencia de los mercados tradicionales y de las tendencias socioeconómicas centrífugas en relación con los países fronterizos, parecen haberse mantenido por encima de la consolidación de los respectivos Estados nacionales, al menos durante todo el siglo XIX y buena parte del XX.

Aún cuando la significativa existencia de fuertes lazos mercantiles y una intrincada red de relaciones sociales y económicas, articuladas en el ámbito de la frontera norte del país, ha sido particularmente estudiada para la etapa colonial por varios autores, especialmente por el ya citado Carlos Sempat Assadourian (1982), y es ampliamente conocida; poco se sabe, en cambio, de los aspectos relictuales de tales contactos en esa y otras áreas del país. En esta línea se inscriben los primeros avances de

Erick Langer y Viviana Conti (1991) y los estudios posteriores de la propia Conti (2001), referidos a la supervivencia en las provincias del noroeste argentino de resabios de los viejos circuitos comerciales ganaderos orientados hacia el Pacífico hasta la década de 1930, cuando la gran depresión internacional y la llamada Guerra del Chaco habrían terminado por descomponer definitivamente la antigua estructuración del espacio andino septentrional.

Es evidente que la llegada del ferrocarril a Jujuy sobre comienzos de la década de 1890 y a La Quiaca en 1908 habría contribuido al inicio de la desestructuración de este espacio mercantil en los Andes centromeridionales. Sin embargo, sobre la misma época, el desarrollo de la economía salitrera en el norte chileno habría reactivado el comercio ganadero de las provincias limítrofes argentinas,⁸ cuyas manifestaciones parecen haberse mantenido en el área, según las versiones historiográficas antes citadas, hasta alrededor de los años 1930. Los cambios económicos operados entretanto, vinculados al desarrollo de la agroindustria azucarera en las áreas orientales, terminarían por convertir al resto de la región en una zona periférica de la economía nacional con inserción atlántica. En consecuencia, la gran masa de campesinos vinculados a la producción y al consumo, en tanto sujetos sociales característicos de los antiguos circuitos comerciales, se habría visto absolutamente marginada de la nueva estructuración económica regional, integrándose a la oferta local de mano de obra barata. Recién a partir de ese momento, según afirman los autores mencionados, puede decirse que en el norte del país “[...] la frontera política también actuó como frontera económica”. Hasta entonces, con distintos grados de articulación, “[...] el noroeste argentino constituía, junto con Bolivia y el actual norte chileno, una región cultural, reforzada por vínculos económicos ya tradicionales y fuertes relaciones de parentesco” (LANGER Y CONTI, 1991, p. 92-111).

Las provincias de Tucumán y Catamarca habrían también participado activamente en este espacio mercantil andino durante todo el transcurso del siglo XIX, ya sea por la posibilidad de colocar sus ganados y otros productos excedentarios, como por la seguridad de obtener el metálico imprescindible que les permitiera cubrir la importación de otros bienes de consumo, muchos de ellos obtenidos a través de los

⁸ Sobre la magnitud y alcances de esta provisión de ganados al mercado norchileno, nos remitimos a los mencionados trabajos de Langer y Conti (1991, p.104-105) y Conti (2001).

puertos chilenos.⁹ La Rioja, por su parte, habría tenido también un activo comercio ganadero orientado hacia Chile hasta avanzado el siglo actual,¹⁰ en tanto que el Chaco habría actuado como tradicional proveedora de mano de obra y ganado al mismo espacio económico. Estudios sobre la ganadería salteña confirman también esta misma tendencia comercial hasta que, entrado el siglo XX, el declinamiento definitivo de la industria del nitrato en el norte chileno habría provocado la reorientación atlántica de la economía regional (MICHEL, PÉREZ Y SAAVIC, 1998, p. 99-114).

Finalmente, la región de Cuyo, como es sabido, se había conectado muy tempranamente con el área del Pacífico, en una relación que se mantuvo durante todo el siglo XIX, aprovechando la expansión minera del norte chileno así como la especialización cerealera de los valles centrales del mismo país. El ganado adquirido en las provincias vecinas se engordaba en los valles alfalfados de Cuyo antes del esforzado cruce de los Andes y el intercambio con Chile era un elemento central en la economía de la región. Merced a la intermediación de los potreros cuyanos, la exportación de vacunos y mulares argentinos servía de complemento a la agricultura y minería trasandina. A cambio, las provincias del oeste argentino recibían de los puertos chilenos efectos europeos, especialmente textiles, que el costo de los fletes encarecía notablemente si procedían de Buenos Aires (ROMERO, 1970, p. 209-212). Esta situación de intensos contactos fronterizos se habría mantenido inalterable hasta alrededor de 1870, cuando el desarrollo de la industria vitivinícola cuyana produjo la gradual pero definitiva orientación de la economía del área central al mercado interno nacional. Esto, de hecho, habría abierto la posibilidad de que otros territorios argentinos recientemente incorporados a la soberanía nacional, como es el caso del propio sur mendocino y de las áreas andinas norpatagónicas, cubrieran el importante rol de proveedores del comercio fronterizo de ganado en pie con destino al mercado trasandino.

⁹ Hacia la mitad del siglo XIX, los puertos del Pacífico, especialmente Valparaíso, competían ventajosamente con Buenos Aires en la provisión de mercaderías importadas de Europa (ROMERO, 1970, p. 209). De hecho, esta condición parece haberse mantenido en el área andina durante muchos años más.

¹⁰ Dicen al respecto Claudia Natenzon y Gabriela Olivera (1994), ubicándose a fines del siglo XIX, que “[...] la provincia de La Rioja se encontraba apartada de ese proceso de constitución del mercado interno argentino. Su vinculación mercantil más importante era con el mercado chileno. Desde principios del siglo XIX existía una ruta comercial de ganado en pie a Chile, donde la región oriental de la Rioja (los Llanos) cumplía la función de cría mientras que en los valles intermontanos era internado el ganado que luego se exportaba en arrias, por los pasos de Copiapó y Jagüel, para alcanzar la región del Norte Chico chileno”. Si bien las autoras ubican a “principios de este siglo” el inicio de las dificultades para colocar el ganado vacuno de La Rioja en Chile, por medidas proteccionistas aplicadas por ese país, señalan luego que los censos de 1908 y 1914 registraron los más altos índices ganaderos en la historia provincial, lo cual estaría indicando que los circuitos mercantiles mencionados persistieron al menos durante las dos primeras décadas, como sostiene la misma Olivera (2001).

Sin duda que la extensión del servicio ferroviario operada en las últimas décadas del siglo pasado y comienzos del actual, al aumentar el nivel de intercambios y modificar el antiguo sistema de transportes, deficiente y caro, se convirtió en el elemento más significativo del acercamiento entre los mercados del interior del país y la ciudad puerto de Buenos Aires. La expansión del litoral marítimo atrajo buena parte de la producción de las provincias, y éstas comenzaron a consumir mercaderías europeas ingresadas por Buenos Aires, que paulatinamente desalojaron a las provistas por los países limítrofes. Algunas regiones desarrollaron, en función de las nuevas condiciones existentes, ciertas agroindustrias de especialización con destino a satisfacer las crecientes necesidades alimenticias del mercado interno. Tales son los casos del azúcar tucumano y de los vinos mendocinos, tema que, como es sabido, también se enlaza con el proceso de consolidación de las estructuras de poder en el orden nacional y el consecuente sistema de alianzas entre sectores dominantes de distintas regiones del país.¹¹

La situación antes descrita, según adelantáramos, ha sido tradicionalmente considerada por la historiografía argentina como aquella que provocó la efectiva unificación económica en el orden nacional, intensificada a partir de 1880 con el corte de los vínculos mercantiles alternativos del interior del país, cuando el Estado Nacional procedió a consolidar su soberanía mediante la expropiación definitiva de los territorios indígenas de Chaco y Patagonia. Esto, en principio, parece válido para las provincias centrales, como Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba, que se volcaron más rápidamente al litoral marítimo; seguramente para el área central cuyana por la reconversión productiva de sus valles alfalfados en campos de vides; y, con distinta intensidad, para las franjas orientales de las provincias andinas; pero se presenta dudoso para las áreas occidentales de las mismas provincias donde, de hecho, se habrían mantenido circuitos comerciales alternativos, particularmente ganaderos, vinculados a la demanda de los centros del Pacífico Sur, hasta pasada la década de 1930. La expansión ferroviaria argentina sobre fines del siglo XIX y comienzos del XX no habría entonces interrumpido, al menos de manera definitiva, la supervivencia de tales circuitos y de los contactos socioculturales derivados. La región que nos ocupa, en el norte de la Patagonia argentina, es muestra fiel de la larga duración de esas vinculaciones y de la persistencia de un área fronteriza que se estructuró como espacio social alrededor de la Cordillera de

¹¹ Este tema cuenta con una nutrida y variada bibliografía desde el ya clásico artículo de Jorge Balán (1978).

los Andes, hechos ambos favorecidos por la misma reconversión productiva cuyana antes señalada.

En efecto, la significativa actividad ganadera desarrollada en las áreas andinas de Neuquén, Río Negro y norte de Chubut puede vincularse directamente con la demanda de los centros urbanos y portuarios del sur chileno, especialmente importante durante ese mismo período. De esa manera, y en un claro ejemplo de economías complementarias, se cubrían con áreas de cría las necesidades de carne y otros derivados ganaderos cuya transformación se efectuaba en las curtiembres, saladeros y graserías establecidas en los centros urbanos de ultracordillera, a la vez que desde los importantes puertos chilenos sobre el Pacífico Sur, como Concepción, Valdivia y Puerto Montt, se exportaba tasajo y otros subproductos con destino al consumo sudamericano. Ello permite explicar también la presencia de importantes inversiones de capitales trasandinos en tierras ganaderas de la región (BANDIERI Y BLANCO, 1997). Asimismo, las distancias y los altos fletes de las mercancías ingresadas desde el Atlántico favorecían el consumo de bienes variados provenientes de las plazas chilenas, así como la circulación de moneda de ese origen. En consecuencia, prácticas culturales comunes caracterizaban a las poblaciones de ambas márgenes de la cordillera.

Sucesivos avances en la investigación histórica regional nos permiten sostener la persistencia de estos contactos económicos y sociales en el área de frontera de la norpatagonia argentina, pudiendo detectarse la existencia de una región integrada con las provincias del sur chileno, que sobrevivió con ligeras variantes hasta las décadas de 1930 y 1940 (BANDIERI, 2009). Es por ello que sostenemos que cualquier investigación histórica que pretenda en la norpatagonia ajustarse a los límites territoriales establecidos, sin considerar la importante gravitación del ámbito fronterizo, corre el serio riesgo de no alcanzar nunca niveles explicativos adecuados.

En este sentido, es posible realizar una comparación válida con el resto de los territorios patagónicos, al menos con sus zonas más australes, donde la geografía y el desarrollo de actividades económicas comunes permitiría tales contactos, atento a la existencia de trabajos que dan cuenta de un funcionamiento similar con relación a las vinculaciones socioeconómicas con las áreas del sur chileno. El tema ha sido particularmente tratado para Santa Cruz en Argentina y Magallanes en Chile por Elsa Mabel Barbería y Mateo Martinic B., respectivamente, en sendos trabajos sobre la influencia de la ciudad-puerto de Punta Arenas sobre toda el sur de la Patagonia

(BARBERÍA, 1995; MARTINIC B., (1976 y 2001). Estos estudios históricos muestran, para el extremo más austral del continente, la conformación de una macro región que habría funcionado, en principio hasta 1920, con una dinámica propia, fuertemente integrada con el área del Pacífico. A la luz de estos estudios, y al menos hasta esos años, la significativa dependencia económica de los territorios del sur patagónico con el área de Magallanes y su capital Punta Arenas, parece indiscutible, al menos en lo que se refiere a la exportación de lanas y carnes ovinas con destino a la industria frigorífica.¹² Luego, factores de diversa índole habrían provocado la ruptura del funcionamiento autárquico de la región, generándose a partir de entonces una mayor inserción económica de la Patagonia austral en el espacio nacional argentino, visible, entre otras cosas, en la nacionalización de los más importantes capitales chilenos que lideraban tal funcionamiento, como es el caso del grupo empresario Braun-Menéndez Behety, propietario de importantes estancias y del grupo comercial “Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia” – más conocida como “La Anónima” –. De todas maneras, la vinculación económica entre ambas áreas habría seguido siendo importante hasta los años 1930, cuando la hegemonía histórica de Punta Arenas comenzó a debilitarse, cortándose definitivamente en los primeros años de la década del 1940, al imponerse desde los respectivos Estados nacionales una serie de políticas que marcarían rumbos divergentes y a veces competitivos (MARTINIC B., 2001).

Como podrá observarse en los casos mencionados, los abordajes comparativos resultan imprescindibles en las investigaciones regionales. Al decir de un colega argentino, Fernando Devoto, la perspectiva comparada es una de las grandes promesas incumplidas de la historiografía occidental durante el siglo XX, y esto se debe, justamente, a las dificultades que implica su ejercicio. Sugerimos recuperar, en este sentido, la tradición historiográfica iniciada por Marc Bloch, quien propuso comparar sociedades cercanas en el tiempo y en el espacio que se influían mutuamente. Es decir, sociedades sujetas por su proximidad a la acción de los mismos grandes fenómenos y a la presencia de rasgos originarios comunes. Esta perspectiva de análisis trae aparejadas

¹²Al respecto, Barbería desarrolla en varios trabajos (1992 y 1995, p. 56 y 71) la formación de esta región autárquica con centro en Punta Arenas, integrada por el sur de Chile, Santa Cruz y Tierra del Fuego, y basada en la producción y exportación de lana, carne ovina y derivados a los mercados europeos y a todas la repúblicas del Pacífico: “[...] Santa Cruz se constituyó -hasta 1920- en un área periférica del sur chileno [...] así como los capitales que dieron comienzo a la ocupación se originaron allí, también los ingresos que generaron se dirigieron a Punta Arenas...” (1995, p. 65). La posibilidad de comunicación directa con los mercados europeos a través de Chile, facilitada por la eliminación de los impuestos aduaneros y la débil participación estatal en ambos países, favorecieron tal proceso de integración (1995, p.67).

varias consecuencias importantes, tales como percibir las influencias mutuas que permiten avanzar más allá de una explicación estrictamente atada a los fenómenos internos de los distintos problemas, encontrar vínculos antiguos y perdurables entre las sociedades y proveer de numerosas líneas posibles para nuevas investigaciones.

Con esa pretensión, de los resultados de las investigaciones sobre la Patagonia antes mencionadas surgió la posibilidad de realizar un ejercicio en clave comparativa que resultó en una experiencia muy importante. Una de las hipótesis más evidentes que se desprendía de nuestros trabajos se vinculaba con la posibilidad de establecer una comparación posible con otras áreas andinas del país para que el aporte a la historiografía nacional fuese más significativo, lo cual permitiría también formular una periodización más ajustada con respecto a la perdurabilidad de los circuitos económicos y de las prácticas socio-culturales en el ámbito fronterizo estudiado. Se convocó entonces a un número importante de historiadores que venían desarrollando el tema de norte a sur de los Andes, tanto en la Argentina como en Chile – desde Antofagasta y Jujuy hasta Punta Arenas y Ushuaia –, con el objeto de analizar comparativamente el funcionamiento de los distintos espacios regionales fronterizos con sus propias dinámicas, características y periodización, a lo largo de los siglos XVIII, XIX y XX (BANDIERI, 2001b). Pudieron así establecerse una serie de hechos coincidentes a partir de los cuales se visualizaban momentos de desestabilización y/o ruptura de tales relaciones, cuestión que de hecho estructuró al conjunto de las investigaciones y les permitió convertirse en un importante aporte al conocimiento de las respectivas historias nacionales, argentina y chilena. Con esta experiencia de historias regionales comparadas pudo demostrarse que la periodización antes señalada con respecto a la supervivencia de los vínculos fronterizos de todo tipo hasta las décadas de 1930 y 40 era común a todo el espacio andino, y esta conclusión era sin duda absolutamente distinta a las periodizaciones comúnmente manejadas por las historias todavía atadas a las matrices territoriales de los Estados-Nación.

Referencias

- AYMARD, Maurice. De la Méditerranée à l'Asie: une comparaison nécessaire (commentaire). **Annales HSS**. janvier-février, n° 1, Paris, Francia, 2001.
- BALÁN, J. "Una cuestión regional en Argentina: Burguesías provinciales y el mercado nacional en el desarrollo agroexportador", en **Desarrollo Económico**, Revista de Ciencias Sociales, N° 69, Buenos Aires, IDES, 1978.
- BANDIERI, Susana. "La historia en perspectiva regional: aportes conceptuales y avances empíricos". **Revista de Historia Americana y Argentina**. Vol. 52, No. 1, Tercera época, 2017. p. 11-30. Dirección URL del artículo: <http://bdigital.uncu.edu.ar/8870>.
- BANDIERI, S. "Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia", en **Revista Entrepasados**, Año VI, N° 11, Buenos Aires, 1996.
- BANDIERI, S. "La posibilidad operativa de la construcción histórica regional o como contribuir a una historia nacional más complejizada", en Fernández y Dalla Corte, 2001a.
- BANDIERI, S. Coord., **Cruzando la cordillera... La frontera argentino-chilena como espacio social**, Neuquén, CEHIR-UNCo, 2001b.
- BANDIERI, S. "La Patagonia: Mitos y realidades de un espacio social heterogéneo", en Jorge GELMAN, comp., **La Historia Económica hoy: Balances y perspectivas**, Buenos Aires, Asociación Argentina de Historia Económica-Prometeo Libros, 2006.
- BANDIERI, S. "Cuando crear una identidad nacional en los territorios patagónicos fue prioritario", en **Revista Pilquen**, Sección Ciencias Sociales, Revista Digitalizada, Año XI, n° 11, Viedma, Centro Universitario Zona Atlántica –CURZA –, Universidad Nacional del Comahue, 2009. (<http://www.revistapilquen.com.ar/Sociales.htm>).
- BANDIERI, S. "La noción de 'espacio económico' en Carlos Sempat Assadourian y sus posibilidades de uso en historias regionales de lugares y tiempos diferentes", en **Estudios del ISHIR** - Unidad Ejecutora en Red ISHiR–CONICET, Argentina, Año 2, N° 4, 2013. (<http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/revistaISHIR>).
- BANDIERI, S. y BLANCO, G. "Propietarios y ganaderos chilenos en Neuquén: Una particular estrategia de inversión (fines del siglo XIX y comienzos del XX)", en **Estudios Trasandinos**, N° 2, Santiago de Chile, 1997.
- BARBERIA, E. "Chile y Argentina. Una región autárquica en el sur, 1880-1920", en **Revista Waxen**, N° 6, Río Gallegos, Universidad Federal de la Patagonia Austral, 1992.
- BARBERÍA, E. **Los dueños de la tierra en la Patagonia Austral, 1880-1920**, Tesis Doctoral editada por la Universidad Federal de la Patagonia Austral, Santa Cruz, 1995.
- BARROS, C. "Hacia un nuevo paradigma historiográfico", en **Revista Prohistoria. Debates y combates por la historia que viene**, Año III, N° 3, Rosario, 1999.
- CARBONARI, M. R. "De cómo explicar la región sin perderse en el intento. Repasando y repensando la Historia Regional", en Dossier coordinado por S. Bandieri, en revista **História Unisinos**, Vol. 13, n° 1, Universidade do Vale do Rio dos Sinos, São Leopoldo, Brasil, 2009.

- CONTI, V. “Salta entre el Atlántico y el Pacífico. Vinculaciones mercantiles y producciones durante el siglo XIX”, en S. Bandieri coord., 2001b.
- CHARTIER, R. “La conscience de la globalité (commentaire)”, en **Annales HSS**, janvier-février, n° 1, París, Francia, 2001.
- DE JONG, G. **Introducción al método regional**, Neuquén, LIPAT-UNCo, 2001.
- FERNÁNDEZ, S. y DALLA CORTE, G., Comp. **Lugares para la Historia**. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los estudios contemporáneos, Rosario, UNR Editora, 2001.
- GRENDI, E. (1995) “¿Repensar la microhistoria?”, en **Quaderni Storici**. N° 2, Nuova Serie Bologna, agosto de 1994. Versión traducida por L. Prislei y J. Suriano en revista *Entrepasados* N° 8.
- LANGER, E. y CONTI, V. “Circuitos comerciales tradicionales y cambio económico en los Andes centromeridionales (1830-1930)”, en **Desarrollo Económico**. vol. 31, N° 121, Buenos Aires, IDES, 1991.
- MARTINIC B., M. “La expansión económica de Punta Arenas sobre los territorios argentinos de la Patagonia y Tierra del Fuego, 1885-1925”, en **Anales Instituto de la Patagonia**, Punta Arenas, 1976.
- MARTINIC B., M. (2001) “Patagonia austral: 1885-1925. Un caso singular y temprano de integración regional autárquica”, en Bandieri, S., 2001b.
- MICHEL, A., PÉREZ, L. y SAAVIC, E. “Exportaciones desde Salta al Norte chileno. Fines del siglo XIX y comienzos del XX”, en **Revista Estudios Trasandinos**, Asociación Chileno-Argentina de Estudios Históricos e Integración Cultural, 1998.
- MÖRNER, Magnus. **The Andean Past: Land, Societies and Conflicts**, Columbia University Press, New York, 1985.
- NATENZON, C. y OLIVERA, G. “La tala del bosque en los Llanos de La Rioja (1900-1960). Aportes al conocimiento de la recurrencia social en la región”, en **Desarrollo Económico**. Revista de Ciencias Sociales N° 134, Buenos Aires, IDES, 1994.
- OLIVERA, G., “Articulación mercantil y transformaciones agrarias en Los Llanos”, en S. Bandieri, coord., 2001b.
- PÉREZ HERRERO, P. **Región e Historia en México 1700-1850**, México, Instituto Mora, 1991.
- REICHEL, H. e BANDIERI, S. “Redescobriendo as fronteiras. A sobrevivência histórica das regiões no processo de construção estatal do Brasil e da Argentina – Siglos XIX y XX –”, en Andrea Reguera y Marluza Marques Harres, 2011.
- REGUERA, A. y MARQUES HARRES, M., (org.). **Da região à nação**. Relações de escala para uma história comparada. Brasil – Argentina -séculos XIX e XX. RS, São Leopoldo, Brasil, Oikos Ed., 2011.
- ROMERO, Luis A. “Las economías del interior”, en **Historia Integral Argentina**, T. 2, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1970.
- SANTOS, M. **Por una Geografía nueva**. De la crítica de la Geografía a una Geografía Crítica, São Pablo, Brasil, 1986.

SEMPAT ASSADOURIAN, C. **El sistema de la economía colonial**. Mercado interno, regiones y espacio económico, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.

STONE, L. “El renacimiento de la historia narrativa: reflexiones sobre lo nuevo y viejo de la Historia”, en **Historia Oberta, Debats**. Nº 4., 1980.

VAN YOUNG, E. “Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas”, en **Anuario IEHS**. Nº 2, Tandil, UCPBA, 1987.

VILAR, P. "Crecimiento económico y análisis histórico", en P. Vilar, **Crecimiento y desarrollo**, Barcelona, Ariel, 1976.

Recebido em: 10 de janeiro de 2018.

Aprovado em: 02 de abril de 2018.